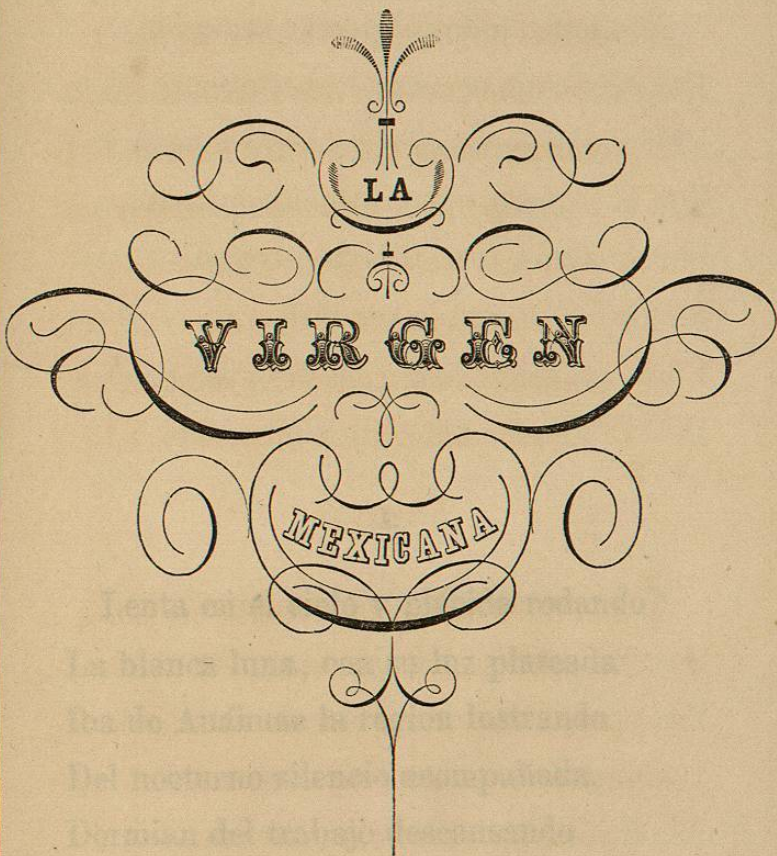


XLII

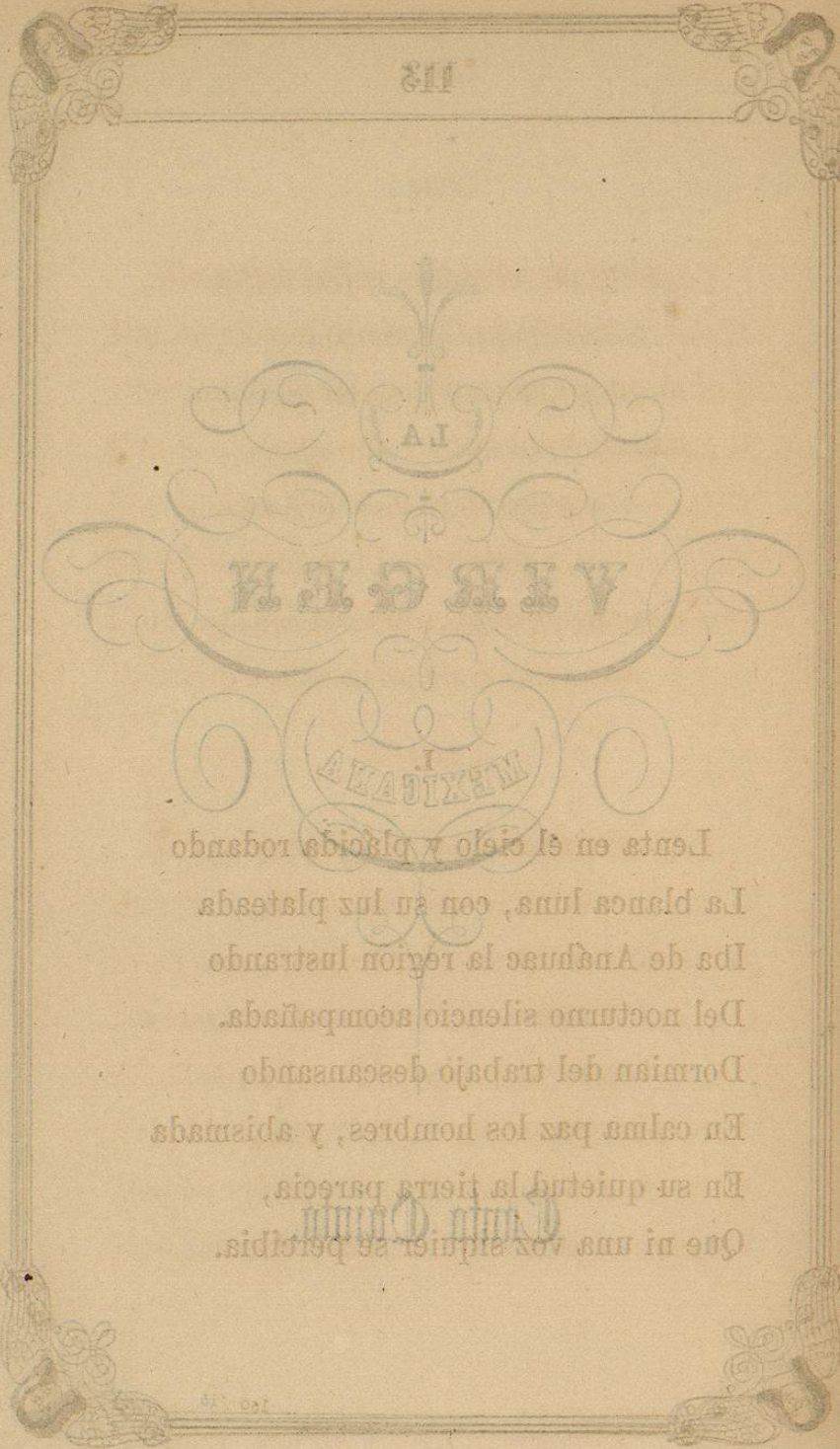
Y me llamo, y entiendo con regalo
 Allí á Tenocistlan, mas vanamente,
 Que en esto todo el dia se ha pasado
 Sin obtener respuesta propiamente:
 Ya lo dice; mas hoy estoy cansado
 Y tengo que partir forzosamente
 Con el mismo regalo y mandamiento
 De la primera paz al nacimiento.

XLIII

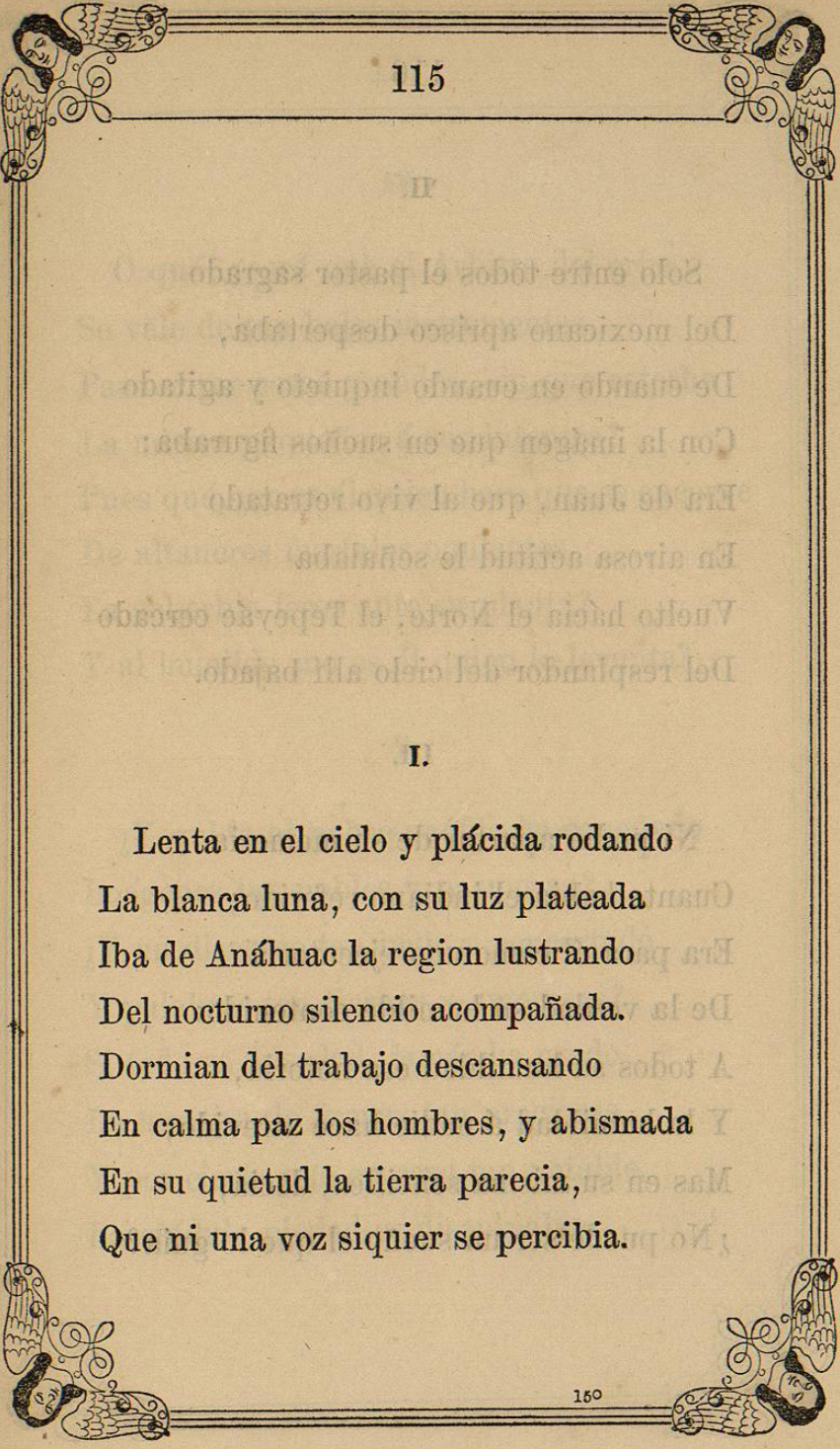
Ningun pensar se cause mi tardanza,
 Si por caso no llego en todo el dia;
 Tranquilizate en fin, y ten confianza,
 Que quien sirve á su Dios no se extravía.
 Y la humilde consorte, esa esperanza
 En el Señor me alienta, le decia:
 Agóndoles, Juan, y la adoraron,
 Y en su capataz tristes se entraron.



Canta Quinta.



Lenta en el cielo y plácida rodando
 La blanca luna, con su luz plateada
 Iba de Anáhuac la región lustrando
 Del nocturno silencio acompañada.
 Dormían del trabajo descansando
 En calma paz los hombres, y abismada
 En su quietud la tierra parecía,
 Que ni una voz siquiera se percibía.



Solo entre todos el pastor sagrado
 Del moxismo apático despertado
 De estando en cuando inquieto y agitado
 Con la imagen que en sueños figuraba
 Era de Juan, que al vivo retratado
 En airoso arrión le señalaba
 Vuelto hacia el Norte, el Tepoyac corrido
 Del resplandor del cielo allí bajado

I.

Lenta en el cielo y plácida rodando
 La blanca luna, con su luz plateada
 Iba de Anáhuac la región lustrando
 Del nocturno silencio acompañada.
 Dormían del trabajo descansando
 En calma paz los hombres, y abismada
 En su quietud la tierra parecía,
 Que ni una voz siquiera se percibía.

II.

Solo entre todos el pastor sagrado
 Del mexicano aprisco despertaba,
 De cuando en cuando inquieto y agitado
 Con la imágen que en sueños figuraba:
 Era de Juan, que al vivo retratado
 En airosa actitud le señalaba
 Vuelto hácia el Norte, el Tepeyác cercado
 Del resplandor del cielo allí bajado.

III.

Ni podia apartar de su memoria
 Cuanto habia el indiano referido;
 Era para él como una ejecutoria
 De la verdad su humilde contenido:
 A todos su humildad era notoria,
 Y la humildad á nadie hace atrevido;
 Mas en su misma sencillez, decia,
 ¿No puede ser un sueño el que lo guia?

IV.

O qué, ¿será que el Arbitro del orbe
 Se vale de tan bajos instrumentos
 Para obrar cosas grandes, sin que estorbe
 La misma pequeñez á sus intentos?
 Pues qué, ¿no es él quien hace que se encorve
 De altaneros mortales opulentos,
 La soberbia feroz ante su planta?
 Y al humilde ¿no es él quien lo levanta?

V.

¿Y quién al pobre neófito ha enseñado
 Imágenes tan nobles y pasmosas?
 ¿Y un discurso tan bello y concertado
 Y palabras tan tiernas y amorosas?
 Si todo es falsedad, jamás ha usado
 La mentira de formas tan preciosas,
 Y por cierto que en caso tan notable
 La crédula piedad es disculpable.

VI.

Conforme á su deseo así pensaba;
 Pero luego con otro fundamento
 De mil graves razones, condenaba
 Con la misma piedad su pensamiento:
 La verdad del suceso le agradaba,
 Su falsedad causábale tormento,
 Y ardia el pecho suyo en grave pena
 Por la vuelta del mísero indigena.

VII.

Así pasó la noche desvelado,
 Así lo halló la luz del nuevo día,
 Y del modesto lecho levantado
 Humildes votos al Señor hacia.
 Muéstrame la verdad, oh Padre amado,
 Que es de los hombres el camino y guía;
 Tu ley será mi voluntad, clamaba,
 Y el agitado pecho desahogaba.

VIII.

Iba el tiempo en su curso presuroso
 Silenciosas las horas deslizándose,
 Y el sol desde su puesto luminoso
 Paso á paso sus huellas señalando.
 Entrado estaba el sol cuando el piadoso
 Embajador solícito llegando
 De su camino, sin reparo entraba
 Adonde el buen prelado se encontraba.

IX.

Fuese á echar á sus piés el pobre indiano,
 Saludólo y le habló de esta manera:
 Mi dueño y mi señor, no está en mi mano
 Volverte á importunar, yo no quisiera.
 Molestar tu atención; pero es en vano,
 Que me mandó la Reina que volviera
 Y que otra vez te diese su recado,
 Y es fuerza obedecer á su mandado.

X.

Y el Obispo: pues bien, pero te advierto
 Que aborrezco el engaño. ¿Estás seguro
 De que no hay falsedad?—Estoy muy cierto,
 Que aunque infeliz, mi corazón es puro.—
 ¿Conque no hay de antemano algún concierto?
 ¿No hay interés alguno?—Yo procuro
 Hacer lo que me manda la obediencia,
 ¿Y culparás, señor, mi diligencia?

XI.

—No es eso, no, la pobre criatura
 Está al error sujeta, y es forzoso
 Proceder con recato y con cordura
 En asunto tan grave y espinoso.
 ¿Qué señas traes? ¿Pues qué, se te figura
 Que tu dicho es acaso tan valioso,
 Que él solo puede ser el fundamento
 De lo que sabe Dios si no es un cuento?

XII.

¿Quién te dirige pues, quién te ha enseñado
 A hablar de esa manera? ¿Quién ha sido
 El que tantas bellezas te ha pintado,
 El que tantos milagros te ha fingido?
 Me dices que tú solo has presenciado
 Esa visión; ¿y nadie ha percibido
 Del Tepeyác los vivos resplandores
 Ni el concierto y la voz de los cantores?

XIII.

Grande congoja el neófito sentía
 Al oír estas cosas; su semblante
 Espresaba el tormento que oprimía
 Su corazón inquieto y anhelante:
 Pues señor, mi señor, le respondía,
 La Reina así me ha dicho: Sé constante,
 No temas, vuelve allá; tras la tormenta
 El claro sol mas bello se presenta.

XIV.

Y qué he de hacer? Yo soy vuestro criado,
 Ordenad cuanto fuere conducente,
 Que si pensais que en esto soy culpado,
 No, señor, nunca fuí desobediente.
 Con nadie hablé, ninguno me ha contado
 Estas cosas, que yo tan solamente
 Ví á la Reina, y me dijo: Mi morada
 Ha de ser aquí mismo edificada.

XV.

Y el Obispo: Ya veó que te empeñas
 En sostener antiguas novedades;
 Mas bien, camina y pídele unas señas,
 Y entonces ya no habrá dificultades;
 Que si este encargo mio desempeñas
 Correspondiendo en todo á sus bondades,
 Ten por cierto, hijo mio, que al momento
 Se cumplirá su escelso mandamiento.

XVI.

Dijo, y el presto Juan sencillamente
 Ofreciendo las señas que pedia
 Marchóse á largo paso alegremente,
 Seguro de cumplir lo que ofrecia.
 Tras él dos familiares cueradamente
 Enviando el buen pastor, les advertia
 Del modo cómo habian de seguirlo
 Sin que él mismo llegase á percibirlo.

XVII.

Y caminaban ellos officiosos
 Sin perderlo de vista ni un instante,
 Formándose mil juicios injuriosos
 A la virtud del pobre caminante.
 Estos indios son muy supersticiosos,
 Decíanse uno al otro, este ignorante
 Quién sabe qué perversas intenciones
 Ocultará en sus sueños y visiones.

XVIII.

A otros muchos falaces y atrevidos
 De estos bajos conceptos descendian;
 Iban ya de antemano prevenidos
 Contra Juan y de todo se ofendian:
 Impacientes al cabo y mal sufridos
 El paso acelerando, pretendian
 Sus iras desfogar en el viagero
 A quien ellos tachaban de hechicero.

XIX.

Mas al llegar al pié de la montaña
 Despareció repente el mexicano,
 Cosa en verdad bien rara, cosa estraña,
 Llevándolo á una vista y no lejano.
 ¿Adónde va, qué se ha hecho? él nos engaña,
 Decian, ese infame, ese villano;
 Y se vian andar como aturdidos
 Del caso no esperado sorprendidos.

XX.

Tal vez alguno en su profundo sueño
 Vé claramente á su enemigo odioso,
 Y se pinta en su frente el rudo ceño
 Que le sube del pecho rencoroso:
 Tómase en perseguirlo grande empeño,
 Lo alcanza, y lucha, y créese victorioso,
 Cuando que en esto se despierta, y pasma,
 Corrido de lidiar con un fantasma.

XXI.

Así los familiares se miraban
 Al pié del Tepeyác; allí pararon,
 Y desde allí su vista dilataban
 Por donde el ancho prado atravesaron:
 Indecisos, turbados se mostraban;
 Mas luego que el aliento recobraron
 En pos del fugitivo se partieron
 Y la montaña toda recorrieron.